

3.

La etapa de Krushev (1955-1964).

Nació, cerca de Ucrania, en una familia de campesinos pobres. En 1909 empezó a trabajar en la industria minera. En 1918 se sumó al Partido Bolchevique y poco después ejerció, durante la guerra civil, como comisario del Ejército Rojo. Durante la Segunda Guerra Mundial tuvo una importancia decisiva en la batalla de Stalingrado y en la liberación de Kiev. En 1949, de nuevo en Moscú, se hizo cargo de la planificación agrícola en toda la URSS. Entre 1953 y 1956 consiguió desplazar a varios rivales en la sucesión de Stalin. A partir de 1956 ejerció como máximo dirigente soviético. El nombre de Krushev pronto se asoció con la desestalinización y con la puesta en marcha de una política de reformas. En política exterior trató de mantener una línea pacífica. Las mayores tensiones surgieron con Estados Unidos en 1958 y dos años después con Kennedy en Viena. En 1962 trató de infiltrar misiles en Cuba pero le descubrieron, por lo que volvió a encontrarse en una situación delicada. Destituido en 1964, falleció, alejado de toda actividad política, siete años después.

I. POLÍTICA INTERIOR.

1. La desestalinización.

Se conoce como tal al proceso de crítica y eliminación de los rasgos del régimen estalinista. Tuvo lugar durante el XX Congreso del PCUS, en febrero de 1956, durante el cual por vez primera fueron denunciados los crímenes de Stalin. El origen de la denuncia llevada a cabo por Krushev resulta un buen testimonio de que en el seno del régimen soviético el factor ideológico tenía muy a menudo un valor instrumental. Si Krushev suscitó la cuestión fue, en gran medida, para disponer de un arma con la que dominar al resto de los dirigentes del partido. Hasta entonces, lo máximo que había llegado a decirse de Stalin desde que murió es que había olvidado el principio de colegialidad leninista. Krushev, frente a muchos de los dirigentes del partido como Molotov, Voroshilov, Malenkov y Kaganovich, propuso una especie de confesión que borrara los pecados colectivos e incluso sugirió que antiguos presidiarios podían contar su experiencia ante el pleno del Congreso del PCUS.

La intervención parece haber sido decidida en el último momento y eso puede explicar que la transcripción de la misma parezca un tanto deslabazada. Krushev dio algunos datos acerca de la represión y enfocó la figura histórica del georgiano con la ambigüedad que ya se ha apuntado. No hizo alusión alguna a lo acontecido en los años veinte o treinta, como si eso resultara justificable, y quiso presentar lo sucedido en la época posterior con prudencia manifiesta, puesto que las revelaciones podían tener - como, en efecto, sucedió- un profundo impacto sobre todo el mundo comunista y no sólo el soviético. "Nosotros debemos examinar de la manera más seria el culto a la personalidad", afirmó.

Pero en el Congreso no se tomaron notas y no se discutió sobre las revelaciones que fueron recibidas con asombro por parte de los presentes. Tras ocho horas de reunión, logró imponerse con dos tercios de los votos. Inmediatamente a continuación los derrotados pasaron a ser denominados como "el grupo antipartido" y fueron marginados de la dirección. De esta manera, fueron expulsados Malenkov y Molotov. Los años entre 1958 y 1960 pueden ser considerados como aquellos en los que Krushev alcanzó el punto culminante de su poder. Durante estos años parece haber sido genuinamente popular y no sólo porque libró a la sociedad soviética del auténtico ascetismo de consumo al que le había sometido la dictadura de Stalin. En efecto, por más que en buena medida actuara de una forma reactiva respecto a sus adversarios políticos lo cierto es que Krushev tuvo un claro designio y programa reformistas. No obstante el liderazgo de Krushev tuvo también graves inconvenientes. En muchos sentidos y como muchos otros líderes soviéticos parece haber tenido una especie de complejo de inferioridad con respecto a Occidente mientras que su planteamiento ideológico le llevaba al mismo tiempo a considerar que el enfrentamiento con el capitalismo era inevitable y que en él la victoria le correspondería finalmente al comunismo. De ahí que prometiera, en un plazo muy breve de tiempo, superar a los países capitalistas, algo que sorprendió a muchos de los propios dirigentes soviéticos porque era irrealizable, aunque se explicara en el contexto de los primeros éxitos en la carrera espacial. Parece indudable que sus opiniones eran sinceras y espontáneas pero muchos de sus proyectos fueron producto de la improvisación a la que le llevaba su falta de formación o el exceso de entusiasmo.

2. Política económica.

En los terrenos fundamentales en los que desarrolló su acción de gobierno, Krushev fue tan activo y trabajador como imprevisible y, en ocasiones, desgraciado en lo que respecta a los resultados conseguidos. Así se aprecia, en primer lugar, en relación con la política económica.

a) La política agrícola.

En materia agrícola, Krushev testimonió una ambición espectacular que sólo parcialmente concluyó en éxitos efectivos. Muy pronto hizo pública su voluntad de conquistar para la agricultura las "tierras vírgenes" de Kazajstán en el Asia Central y del Sur de la Siberia rusa.

Determinado a conseguir en la URSS unos resultados parecidos a los de la agricultura norteamericana, Krushev hizo una enérgica defensa del cultivo del maíz destinado al ganado y también en este terreno parece que se obtuvieron buenos resultados iniciales. En lo que probablemente se erró fue en las sucesivas reorganizaciones del sistema de cultivo colectivo y, más aún, en las transformaciones

sucesivas de los "koljoses", que acabaron por desorganizar la maquinaria productiva. El máximo de la producción agrícola se logró en torno al año 1958 y desde 1963, un año antes de que fuera relevado, se debió recurrir a la importación de trigo desde el exterior. En realidad, sólo un sistema que tuviera en cuenta el provecho individual resultaba válido para fomentar la explotación agraria y para llegar a poder satisfacer la demanda existente.

b) La política industrial.

La política industrial de Krushev fue tan decidida como la agrícola, pero en este terreno, sin embargo, debió tener más cuidado por el temor a los militares soviéticos que de ninguna manera querían poner en peligro la supremacía concedida a la industria pesada. El impulso dado por Krushev a la política industrial se hizo especialmente patente cuando en 1958 desplazó a Bulganin del cargo de primer ministro. Esos años coincidieron con los éxitos muy visibles a partir de 1957 en lo que respecta al desarrollo de la carrera espacial con el lanzamiento del primer satélite oficial y la posterior colocación del primer hombre en el espacio (Yuri Gagarin en 1961). La realidad es, sin embargo, que la industria espacial, estrechamente ligada con la militar, aunque ofreciera esta apariencia positiva no representaba el verdadero estado del conjunto de la economía soviética. Lo que le perjudicaba a ésta, después de una industrialización masiva y compulsiva utilizando desde el poder el peso del terror, era el sistema organizativo en que se basaba.

El mero hecho de que el acento de la producción dejara de insistir tan exclusivamente en la industria pesada y trasladara el énfasis a la de consumo tuvo como consecuencia la creación de nuevos ministerios y la consiguiente complicación burocrática. A partir de 1960, las ventajas obtenidas en este tipo de industrialización a base de voluntarismo empezaron a disminuir. Se plantearon, en efecto, problemas de calidad en los productos elaborados y también los derivados de la necesidad de corregir perpetuamente la planificación.

II. LA POLÍTICA EXTERIOR.

1. Hungría y la represión del intento de escapar del comunismo.

Con respecto a los países satélites de Europa central y oriental podemos decir que de la mano de Krushev se relajó el control que la URSS ejercía sobre ellos, lo cual no quiere decir que ese control desapareciera. Un rasgo muy característico suyo fue, en efecto, que, al mismo tiempo, propició una coordinación económica y también militar entre los países de la Europa Oriental a través del COMECON y del Pacto de Varsovia. El primero de estos organismos, de carácter económico, en realidad no se había puesto en funcionamiento hasta el momento, mientras que el segundo, nacido de un acuerdo suscrito en mayo de 1955, implicó el mantenimiento de la presencia del Ejército soviético en países como Hungría, que hubieran debido estar libres de ella después de la firma del Tratado de Paz. El 1 de noviembre se formó un nuevo Gobierno en Hungría, Nagy anunció la retirada de Hungría del Pacto de Varsovia declarando la neutralidad de la nación y pidió ayuda a la ONU. Si adoptó esta actitud fue probablemente porque ya era consciente de que una nueva invasión soviética era inminente. Tras varios intentos de acercamiento, las tropas soviéticas entraron en el país el 4 de noviembre de 1956. Se ha calculado que unas 350 personas fueron ejecutadas, lo que, con los muertos en combate, sumaría unos 3.000 muertos húngaros. La mayor parte de los primeros eran

obreros jóvenes sin particular significación política. Unas 200.000 personas huyeron al extranjero al permanecer la frontera prácticamente abierta durante los días de los acontecimientos. La magnitud de la cifra se aprecia teniendo en cuenta que equivalía al 2% de la población total del país. Entre los que emigraron había muchas personas preparadas e incluso el 40% de los mineros; las consecuencias económicas de la revolución fueron, pues, importantes. La labor policial posterior fue exhaustiva. Unas 35.000 personas fueron investigadas, 26.000 procesadas y 22.000 condenadas; 13.000 fueron enviadas a campos de concentración. Era evidente que la apertura tenía un límite. Imre Nagy fue procesado y ejecutado dos años después.

2. Las relaciones con China, de la amistad al enfrentamiento.

En China triunfa el Partido Comunista en la guerra civil en 1948 y en 1949 se proclama la República Popular China, siguiendo el modelo soviético de tiempos de Stalin

China durante este período no sólo pasó por graves turbulencias internas sino también en sus relaciones exteriores. El fundamento de las mismas había sido, hasta el momento, los acuerdos políticos y económicos suscritos con la URSS en 1950, pero la colaboración entre los dos países perduró a la muerte de Stalin. Poco después de ella y luego, en 1954, se firmaron unos nuevos acuerdos que incluían declaraciones de principio pero también cesiones materiales por parte soviética. En la primavera de 1956 nuevos tratados preveían la construcción de ferrocarriles y de cincuenta fábricas por cuenta de la URSS y en 1957 se llegó a aceptar, por parte de la URSS, la ayuda para la fabricación de armas atómicas. Este último acuerdo no fue revelado hasta 1963 cuando ya el conflicto parecía grave e irreversible.

En realidad los desacuerdos nacieron de la crítica de Krushev al estalinismo en 1956: los dirigentes chinos siempre se esforzaron en salvaguardar el mito de Stalin y, por ejemplo, cuando se decidió retirar sus restos del lugar en que reposaban en la muralla del Kremlin junto a los de Lenin, depositaron flores ante ellos. La propia evolución de la política china contribuyó a multiplicar las discrepancias. A fines de 1957, una conferencia de los partidos comunistas en Moscú, dedicada a la unidad del campo socialista, tuvo tan escaso efecto sobre los dirigentes que se lanzaron al "Gran Salto Adelante" y, a partir de este momento, el camino seguido por los respectivos comunismos fue manifiestamente divergente con los soviéticos, insistiendo en la crítica a Stalin y los chinos lanzados a experimentos de movilización popular y productivismo desmesurado. La política exterior también hizo su contribución a la confrontación. Ya en 1958 Krushev debió hacer un viaje a China para explicar a sus dirigentes su papel en la crisis del Líbano. Los soviéticos, además, se negaron de manera rotunda a ayudar a China a la reconquista de las islas Quemoy y Matsu. A partir de 1960 la confrontación ya fue directa y con expresa mención del adversario, aunque resultara todavía moderada en la forma. Antes la URSS había atacado a Albania mientras que China hacía lo propio con Yugoslavia; esta interposición pareció moderar el conflicto. A partir de este momento, no sólo cesó cualquier posible ayuda soviética a China en materia nuclear, sino también cualquier apoyo en otro terreno. En julio los soviéticos pretendieron la sumisión de China a la mayoría de los Partidos Comunistas. Los temas abordados en la disputa ideológica se referían a la posibilidad de la coexistencia pacífica y de un tránsito que también lo fuera en el camino hacia el socialismo. En el fondo se trataba de dos actitudes muy divergentes que se podían ejemplificar en esos dos terrenos o en muchos otros. Chinos y soviéticos no se enfrentaban por esas razones sino debido a muchas más: por ejemplo, tenían una idea antagónica acerca de la correlación de fuerzas

existente y los chinos hacían una defensa a ultranza de las luchas de liberación mientras despreciaban el papel del arma nuclear en la estrategia mundial.

3. Fricciones con Occidente a cuenta de Berlín.

Como sabemos, desde el momento del bloqueo de 1948, Berlín se había convertido en permanente punto de fricción entre la URSS y los Estados Unidos. Por un lado, la capital alemana constituía el mejor testimonio de la voluntad de los occidentales de mantener una defensa decidida de la libertad y la democracia. Al mismo tiempo, la existencia misma de esta ciudad tendía a poner en cuestión la validez misma de los principios comunistas, tal y como creían en ellos los dirigentes soviéticos. Krushev y el equipo dirigente de la URSS estaban, sin duda, convencidos de la manifiesta superioridad del comunismo y de su victoria a largo plazo, pero en quince años tres millones de alemanes del Este habían logrado cambiar de zona merced al estatuto de Berlín que mantenía un sistema de ocupación militar que ya había desaparecido en Alemania occidental.

La cuestión de Berlín fue replanteada en noviembre de 1958 cuando Krushev asumió la tesis defendida por la Alemania del Este denunciando el estatuto de ocupación cuatripartita de la ciudad. Para el dirigente del PCUS Berlín debía quedar incorporado a la Alemania del Este o internacionalizado bajo la responsabilidad de las Naciones Unidas. Pero lo grave de esta declaración soviética no residió en la defensa de esta tesis, sino en el hecho de que se daba a las potencias occidentales un plazo de seis meses para aceptar esta propuesta; de no hacerlo, la URSS firmaría un tratado de paz con la Alemania Oriental, la cual de esta manera tendría el control de todas las vías de acceso a Berlín. De este modo, las potencias occidentales se encontraron con el dilema de poder llegar a enfrentarse en una guerra nuclear con los soviéticos en el caso de no aceptar, mientras, si lo hacían, parecían renunciar a la defensa de sus propios valores democráticos de cara a los alemanes de Berlín.

Muy pronto se descubrió que la contrapropuesta occidental de tratar de resolver globalmente el problema de Alemania tampoco proporcionaba ninguna vía de salida al conflicto. Así se demostró en la conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de los cuatro grandes reunidos en Ginebra durante el verano de 1959. El posterior viaje de Krushev a Estados Unidos en septiembre de 1959 dio la sensación de permitir un aflojamiento de la tensión y, además, trajo como consecuencia la convocatoria de una conferencia de las máximas autoridades de las cuatro potencias vencedoras de la Alemania nazi en París en mayo de 1960. La crisis sobre Berlín llegó a su apogeo a mediados de agosto de 1961 cuando las autoridades del Este de Alemania tomaron la decisión de establecer un muro de división entre las dos zonas de ocupación de la capital. En adelante, la circulación entre ambas quedó imposibilitada por completo: quienes trataran de franquear el muro quedaban condenados a persecución e incluso a muerte, como habrían de sufrirla algunos centenares. También a lo largo de la frontera de las dos Alemanias se tomaron idénticas precauciones de modo que, aunque no de forma absoluta, la hemorragia demográfica sufrida por la Alemania comunista pudo ser detenida en gran medida.

Lo sucedido podía parecer el óptimo testimonio de la confrontación entre los dos mundos, pero en realidad acabó siendo relativamente satisfactorio para ambas superpotencias. Kennedy pudo denunciar lo sucedido como una prueba de que el comunismo sólo era capaz de evitar ese "voto con los pies" que hasta ahora se había producido por el procedimiento de levantar una barrera para evitar la libre comunicación. Además, acudió a Berlín a levantar acta de los males del comunismo y a

garantizar un apoyo que, por otro lado, no significaba un riesgo de confrontación nuclear. Pero, al mismo tiempo, en su interior llegó a la conclusión que lo sucedido, tras la mala experiencia de Viena, demostraba que, con todas sus bravatas, Krushev no quería la guerra. Por su parte, Krushev había logrado dar satisfacción a los alemanes orientales sin poner en peligro la paz mundial, por más que no hubiera alcanzado todos sus objetivos y tuviera que dar marcha atrás al plazo de seis meses que él mismo se había impuesto para resolver el contencioso.

Esta crisis también tuvo otras consecuencias inesperadas en alguno de sus restantes protagonistas o de quienes experimentaron sus efectos. Los dirigentes británicos -Macmillan, por ejemplo- que siempre habían sido partidarios de llegar a acuerdos con los soviéticos vieron confirmada la oportunidad de sus planteamientos. De Gaulle pensó que la URSS, con el planteamiento de la cuestión berlinesa, no hacía otra cosa que desviar la atención de sus problemas internos; en adelante, un eje fundamental de su política consistió en fomentar su relación con la Alemania Federal. Ésta se sentía amenazada por la posibilidad de que otros tomaron por ella una decisión que le afectara: quiso, por consiguiente -incluso desde la época de Adenauer- por una parte tener asegurada la retaguardia gracias a la colaboración francesa y, por otra, abrirse a la posibilidad de un acuerdo con los soviéticos.

4. La crisis de Cuba.

Probablemente fue la crisis cubana aquella que resultó más grave entre las dos superpotencias en todo el período que transcurre desde mediados de la década de los cincuenta e inicios de los sesenta: a fin de cuentas, la Guerra de Suez tiene que ser conceptuada como incidente, aunque importante, en el camino hacia la emancipación colonial mientras que la crisis de Berlín había tenido antecedentes previos y no dio la sensación de poder llegar a provocar una conflagración mundial. En cambio, éste fue el caso de la crisis cubana que se desencadenó en octubre de 1962.

El alineamiento de Castro con la URSS no era inevitable. Se debe tener en cuenta, por ejemplo, que el Partido Comunista cubano se opuso al asalto al cuartel de Moncada, que constituyó el primer paso del Castro revolucionario. Cuando éste alcanzó el poder su imagen fue de una especie de "nuevo Bolívar" más que de un revolucionario marxista. Durante todo el año 1959 las declaraciones del propio Castro impedían que se le pudiera considerar como tal.

Por otro lado, la política de la URSS respecto a Iberoamérica había sido extremadamente prudente a comienzos de los años cincuenta, cuando se estableció un régimen procomunista en Guatemala. A lo largo del año citado, los mismos soviéticos conceptuaron lo sucedido en Cuba como la construcción de un "Estado de democracia nacional" que a los chinos siempre les pareció insuficiente como para ofrecer una colaboración verdaderamente generosa. Pero en tan sólo dieciocho meses la situación cambió cuando Castro decidió alinearse con el comunismo. A partir de este momento, todos los partidos comunistas del mundo fueron inducidos a apoyar sin fisuras la Revolución cubana. De todas las maneras, siempre la URSS tuvo un cierto reparo en que la identificación de Castro con el modelo soviético le convirtiera en más vulnerable.

Como también se ha indicado ya, la iniciativa en el planteamiento de la crisis de los misiles soviéticos instalados en Cuba debe atribuirse en exclusiva a Krushev y no tanto por motivos relacionados con su voluntad de defender la revolución cubana como de lograr mediante la instalación de misiles de medio alcance una ventaja comparativa con respecto al balance estratégico nuclear preexistente entre las dos superpotencias. De lo único que puede culparse a la Administración norteamericana es de que quien tenía la

responsabilidad más importante -Kennedy- había asegurado que existía un desfase estratégico norteamericano en armas nucleares para luego desmentirlo, lo que pudo provocar a Krushev. Por otro lado, el Gobierno norteamericano nunca tomó en serio lo que consideraba como bravatas de Krushev sobre la posibilidad de instalar misiles soviéticos en Cuba. De cualquier modo, aunque la instalación de los mismos supusiera una ventaja importante para los soviéticos, de ninguna manera compensaba la ventaja norteamericana que la propia Administración de este país evaluaba en 17 a 1. Desde el verano de 1962 los servicios secretos norteamericanos empezaron a especular sobre la posibilidad de que los soviéticos estuvieran instalando misiles en Cuba. La confirmación, sin embargo, no se llevó a cabo sino el 16 de octubre de 1962 tras el vuelo de un avión espía U2 y el posterior estudio de las fotografías tomadas. La propia rapidez de la construcción de las instalaciones contribuye a explicar que no se hubieran hecho las operaciones de camuflaje imprescindibles. Desde ese momento, empezó a actuar una célula de crisis del Gobierno norteamericano en la que no siempre existió unanimidad. Tomada la decisión de actuar, se planteaba la posibilidad de llevar a cabo un bombardeo sin preaviso o la de establecer un bloqueo marítimo a la isla, que luego adoptaría la denominación, más inocua, de "cuarentena". El 24 de octubre empezó a funcionar la "cuarentena" deteniendo la flota americana a algunos de los veinticinco buques soviéticos que se estaban dirigiendo hacia Cuba. Dos días después, Krushev dirigió una primera carta a Kennedy, espontánea y probablemente bienintencionada, por más que él hubiera sido quien puso en marcha la instalación de misiles: se mostraba dispuesto a desmantelarlos a condición de una promesa formal de que Cuba no sería invadida. El 27 una nueva carta del líder soviético incluía la demanda adicional de que los norteamericanos desmontaran las instalaciones de misiles Júpiter que tenían en Turquía. De estas dos cartas, el presidente norteamericano sólo respondió a la primera aunque, en su respuesta, aludió también vagamente a la segunda. La promesa de no invadir Cuba podía ser hecha porque no había ningún plan directamente dirigido a este propósito; otra cosa es que, como ya se ha dicho, subsistieran las operaciones encubiertas. En cuanto a los misiles instalados en Turquía, muy obsoletos y vulnerables, desde hacía tiempo se había pensado en hacerlos desaparecer, pero a Kennedy le pareció que ofrecer esa medida como contrapartida habría equivalido a dar la sensación a su propia opinión pública de que se cedía en exceso. De hecho, consiguió un éxito manifiesto de cara a la misma, aunque en realidad fuera más efectivo en lo que respecta al modo de enfrentarse con la crisis que en la previsión de que podía acontecer o en capacidad de evitarla. El 28 de octubre la crisis había sido superada y los soviéticos empezaron a desmontar sus misiles aceptando la solución acordada con los norteamericanos.

Texto elaborado por Francisco José Jimeno Lozano a partir de la página web:

<http://www.artehistoria.jcyl.es/historia/contextos/3218.htm>